

**La fe bendice al pueblo de la promesa**

**La fe de José**

Hebreos 11:20-22

**Introducción:**

*“Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos”* (Hebreos 11:22).

Continúa nuestro autor describiendo la fe perseverante a través de ejemplos tomados de los patriarcas. Con José llegamos al último de ellos, y, vemos cómo nuevamente el acto culmen de su fe no es tomado de las muchas pruebas que soportó durante su vida en Egipto, sino que es tomado de un momento antes de morir.

A la temprana edad de los diecisiete años José fue vendido por sus hermanos como esclavo y fue llevado lejos a un país extraño y pagano, es decir, a Egipto (Gén. 37:26-28). Allí permaneció durante muchos años rodeado de gente idólatra y supersticiosa, y es muy probable que durante todo ese tiempo nunca estuviera en contacto con un hijo de Dios, con un creyente en el Dios verdadero. Por otra parte, en aquellos días no había Biblias para leer, porque la Palabra de Dios aún no se había escrito. Sin embargo, en medio de toda clase de tentaciones y pruebas, este creyente se mantuvo fiel al Señor.

El desprecio de sus hermanos y el intento de asesinarlo no mataron su fe y confianza en el Señor. El ser acusado falsamente de acoso sexual por la esposa del funcionario del Faraón y estar trece años en la cárcel no le amargaron. Convertirse en señor de la gran nación egipcia no estropeó su fe en Dios. Los malos ejemplos de los egipcios no lo corrompieron.

En José vemos el gran poder de la gracia divina preservando a sus elegidos. Es necesario recordar que José, en sus primeros años de vida, había recibido una sólida formación espiritual. Fue tan fuerte y fundamental esta enseñanza recibida de su padre Jacob, que, a pesar de haber sido separado del pueblo de Dios a los 17 años de edad, en plena adolescencia, él se aferró a la fe aprendida y, en medio de las más grandes tentaciones del mundo, confió en Dios y dependió de él, agradándole en todas la decisiones que tomaba.

Este ejemplo debe motivar a todos los padres cristianos a hacer su parte en enseñarles fielmente a sus hijos el evangelio, y confiar que la gracia divina bendiga esta enseñanza, arraigándola en sus mentes y corazones, así ellos deban partir a un país extraño.

Insisto en afirmar que una buena parte de los lectores de la carta a los Hebreos, hubiésemos esperado que nuestro autor mencionara algunos de los actos heroicos de la fe de José, como: su fidelidad a Dios al declarar lo que el Señor le había revelado, aunque sus hermanos lo aborrecerían con más intensidad (Gén. 37:5); o su ejemplar castidad al no ceder ante las insinuaciones sexuales de la esposa de Potifar (Gén. 39:7-10); o su paciencia en la aflicción en medio de la dura y cruel prisión (Sal. 105:17-19); o su sabiduría y prudencia manejando los asuntos de Potifar, de la cárcel o los negocios del Faraón (Gén. 39:22; 47:14); o su temor de Dios (Gén. 42:18); o su compasión mostrada en perdón hacia sus envidiosos hermanos (Gén. 42:24).

No obstante, el autor de la carta escoge un momento memorable de la vida final de José para destacar su fe como ejemplo para los creyentes de todos los tiempos. Pero esto tiene un propósito especial, pues, esta carta se dirige inicialmente a judíos que habiéndose convertido a la fe cristiana, ahora, luego de haber sufrido las persecuciones iniciales por seguir a Cristo, cuando ya han avanzado bastante en su peregrinar espiritual, están pensando en retroceder, en volver a la antigua religión judaica, mostrando así infidelidad a Jesús, el único y efectivo Salvador, convirtiéndose en apóstatas.

Isaac, Jacob y José son un ejemplo claro de que los verdaderos creyentes perseveran en la fe cristiana hasta el fin, no se apartan, no miran hacia atrás. Hasta el último día de sus vidas en esta tierra mantienen incólumes la fe en el Hijo de Dios.

La fe es una gracia o don que honra a Dios, la cual está presente en los verdaderos creyentes tanto en la vida como en la muerte. La persona mundana puede parecer muy próspera, y su viaje por esta vida puede parecer muy suave y fácil, pero ¿cómo responde él ante la crisis suprema? ¿Qué fortaleza hay en su corazón para enfrentarse con la muerte? ¿Cuál es la esperanza del hipócrita, a pesar de todas sus ganancias mundanales, cuando Dios le quite su alma?

Algunas personas, debido a su ignorancia espiritual, no pueden sentir el terror de saber que les espera la condenación eterna cuando mueran, e incluso pueden tener cierta tranquilidad debido a la dureza de su conciencia, pero no pueden experimentar la verdadera paz, ni la firme confianza, ni la alegría triunfal que caracteriza a los que mueren en Cristo. Los que son de Cristo pueden morir adorando y glorificando a Dios porque creen en sus promesas, debido a que poseen una fe genuina.

El ejemplo de la fe de José nos muestra que un creyente, si la providencia no le quita sus facultades mentales antes de morir, no debe ser pasivo en la muerte, no morirá como una bestia. Esta es la última vez que él puede hacer algo para el Reino de Dios en la tierra, y aprovechará hasta el último suspiro para recordarle a sus hijos y descendientes el pacto que Dios hizo con su pueblo, el pacto que Dios hizo con él.

El creyente, a la hora de su muerte, tendrá presente que su salvación es segura, que Dios cumplirá todas sus promesas en él, que no será defraudado, sino que la salvación obrada por el Trino Dios le introducirá a una eternidad gloriosa. Él recordará que el Padre le predestinó para la salvación, que el Hijo hizo posible esta salvación a través de su obra y muerte en cruz, que el Espíritu Santo le buscó cuando estaba muerto en sus delitos y pecados, le dio el don de la fe, lo regeneró, lo bautizó al cuerpo de Cristo, lo santificó y lo resucitará un día para revestirlo de gloria inmortal e incorruptible.

Una muerte así no espanta a nadie sino que llena de regocijo y fortaleza al creyente, de manera que le impele a anunciar este santo evangelio, aún desde el lecho de la muerte. El creyente en la hora de la muerte hace memoria de la fidelidad y bondad de Dios hacia él en toda su peregrinación, y llena su boca de alabanzas y acción de gracias.

Cuando la fe se activa en las últimas horas de vida de un santo, no solo su corazón es sostenido y consolado, sino que Dios es honrado y otros son afirmados en la fe. Un hombre carnal, es decir, incrédulo, no puede hablar palabras buenas y llenas de gracia a la hora de pasar por el valle de la sombra de la muerte, no se atreve a recomendar su vida mundana como ejemplo para que los demás lo imiten. Pero un creyente, a la hora de su muerte, puede hablar bien de Dios y recomendar su pacto a otros. Así fue con Jacob, quien habló bien del Dios que lo guardó durante toda su vida (Gén. 48:15-16) y así fue con Josué: *“Y he aquí*

*que yo estoy para entrar hoy por el camino de toda la tierra; reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas”* (Josué 23:14).

Esta fe también estuvo con José hasta la hora de su muerte. Él pudo recordar la fidelidad de Dios y también recomendar a sus familiares al Dios en el cual había creído. Él pudo haber dejado a sus nobles hijos un rico patrimonio en Egipto, pero prefirió que recibieran la bendición del pacto que Dios les daría a través de su anciano padre (Gén. 48:12).

Para José las riquezas de Egipto no eran nada en comparación con las bendiciones de Sión. Y ahora, cuando solo faltan pocas horas para abandonar su morada terrena, José no se aferra a la posición de honor que había ocupado por tanto tiempo en la corte del Faraón, sino que su corazón está ocupado en las cosas de Dios y en la herencia prometida. Aquí podemos ver la poderosa influencia de un ejemplo piadoso: José había sido testigo de los últimos actos de su padre Jacob, y ahora sigue sus pasos.

Los buenos ejemplos de los superiores y las personas mayores son de gran fuerza a aquellos que los respetan y buscan ser cuidadosos en su conducta e imitan estos loables modelos. Debemos emular lo que es digno de alabanza en nuestros superiores: *“Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros”* (Fil. 3:17). *“Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe”* (Heb. 13:7).

***“Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos” (v. 22).*** Para comprender la fuerza de lo que nos quiere enseñar nuestro autor sagrado, miremos el momento en el que la fe de José se ejerció aquí. Fue durante su hora final en esta tierra. La mayor parte de su longeva vida la había pasado en Egipto, y durante sus últimas etapas había sido elavado a una altura vertiginosa, porque, como dice Hechos 7:10, fue nombrado *“gobernador sobre Egipto”*, y sobre toda la casa de Faraón. Sin embargo, ni los honores ni los lujos que José recibió, mientras estaba en la tierra del exilio, hizo que este santo hombre se olvidara de las promesas de Dios, ni ató su

alma a las cosas de la tierra. Su mente estaba ocupada en cosas más elevadas que las riquezas y glorias perecederas de este mundo.

Aprendamos, queridos hermanos, a elevar nuestro corazón de manera que mire, contemple y anhele las cosas celestiales al punto de mirar con desprecio los premios, riquezas, glorias y placeres que ofrece este mundo.

Ahora, mirando el caso de José, que el honor y las riquezas terrenales no necesariamente lesionan o son causa de daño para la fe si hay un corazón misericordioso que utiliza estos privilegios terrenos para glorificar a Dios. Muchos ejemplos podemos citar en prueba de ello. Dios ha tenido a algunos de sus santos, incluso en la “*casa de César*” (Fil. 4:22), el emperador romano.

Las cosas materiales son dones de Dios, y por lo tanto se deben usar para su alabanza y gloria. Se requiere tanta fe y gracia para moderar nuestros afectos en un estado de riqueza y abundancia, como también cuando no tenemos nada y dependemos de la provisión de Dios. Aprender a vivir en “*abundancia*” (Fil. 4:12) es una lección no muy fácil. Mantener la mente fija en Dios y “*si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas*” (Sal. 62:10), requiere gran dependencia de la gracia y una vida llena de fe. Si tenemos riquezas, entonces seamos agradecidos para con Dios y esforcémonos en utilizarlas para la honra de Dios.

Los ricos tienen luchas más grandes para aprender a confiar en Dios. Los pobres se ven obligados a aprender a depender de Dios, no tienen otra alternativa, sino caerían en la absoluta desesperación. Pero los que tienen mucho, corren el peligro de perder de vista al dador de los dones. No pasó así con José. Para él Egipto fue nada, comparado con Canaán. José aprendió a ver las cosas como las debe ver un hombre de fe: la verdadera grandeza y riqueza espiritual es contar las cosas más grandes de la tierra como nada cuando se comparan con las cosas del cielo. Es una gran misericordia del Señor cuando la abundancia de las cosas temporales no reemplaza a las promesas divinas en el corazón.

Para cultivar la dependencia de Dios es necesario cultivar la sensibilidad espiritual, mantenernos en estrecha comunión con él y amar las cosas celestiales.

*“Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel”*. Aunque las fuerzas físicas del anciano José le han abandonado y ahora, posiblemente, con mucha dificultad puede pensar y musitar quedas palabras, él ejercita su mente espiritual y recuerda las promesas que el Señor había dado a Abraham respecto al peregrinaje del pueblo en Egipto y su regreso a la tierra de Canaán: *“Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza”* (Gén. 15:13-14).

Es imposible para un hombre de fe no meditar constantemente en las preciosas cosas futuras que han sido prometidas para los que aman a Dios, pues, *“la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”* (Heb. 1:1).

En Génesis 50:24-25 encontramos el breve pero conmovedor relato de la muerte de José: *“Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob. E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos”*.

Ahora, cuando José afirma estas cosas, él está fundamentándose en las promesas que Dios le había dado a Abraham y que luego repitió a Isaac y Jacob. Dios le dijo a Abraham que su descendencia sería esclava por 400 años en otra nación. José asume que esto será en Egipto, hasta que llegue el día en el cual Dios juzgue a esta pagana nación y libere a su pueblo de la esclavitud. Pero, cualquier oyente egipcio que en ese momento escuchare a José hablar de ésto a sus hermanos, le diría: Pero, José, cómo así que ustedes van a ser esclavos. ¿Acaso no eres tú el hombre más importante en Egipto luego del Faraón? ¿Acaso el Faraón no recibió a tu padre y a tu familia con gran pompa y respeto? ¿Acaso no les dio lo mejor de la tierra a ustedes y ahora son los favoritos del pueblo? Ustedes no son esclavos, forman parte de la élite egipcia. José fue el gran benefactor de los egipcios ¿por qué entonces sus descendientes iban a ser odiados y oprimidos por ellos? Bueno, la fe no siempre está de acuerdo con la razón, pero la fe cree en lo que Dios ha prometido, así las circunstancias indiquen lo contrario.

Pero José pudo ver, no con los ojos físicos, sino con los de la fe, que un día vendría “*un nuevo rey que no conocía a José*” (Ex. 1:8), el cual impondría duras cargas sobre el pueblo hebreo y los esclavizaría cruelmente y causaría gran dolor y angustia al pueblo de la promesa. (Ex. 1:9-22). Pero también pudo ver la liberación que Dios les daría a través de Moisés, y el regreso victorioso a la tierra de Canaán, donde poseerían la tierra prometida y expulsarían a los idólatras pueblos que la habitaban. Esta liberación, luego de 400 años de esclavitud, sería con grandes riquezas.

Pero ¿cómo sería posible que un pueblo de esclavos, sin líder, ni preparación militar, ganando solo el pan diario, podrá salir con grandes riquezas y escapar de las manos de uno de los imperios más poderosos de ese tiempo, con un gran poderío militar? Bueno, José sabía que la razón no siempre está de acuerdo con la fe, pero él sabía que lo más sabio era creer lo que Dios había prometido, pues, el Señor se especializa en hacer lo que parece imposible.

Efectivamente, el pueblo del Señor, luego de ser esclavizado por más de 400 años, en cabeza del caudillo Moisés, sale de Egipto con gran riqueza: “*E hicieron los hijos de Israel conforme al mandamiento de Moisés, pidiendo de los egipcios alhajas de plata, y de oro, y vestidos. Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios*” (Ex. 12:35-36).

La fe es un don que nos permite ver a larga distancia. Ella es capaz de mirar más allá de las colinas y las montañas de dificultades hasta el horizonte luminoso de las promesas divinas. La fe es bendecida con la paciencia y espera con calma la hora destinada para que Dios intervenga y actúe, por lo tanto, ella se aferra a esta palabra: “*Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará*” (Hab. 2:3).

Muchas veces las promesas de Dios parecieran tardar en cumplirse, pero esto es solo conforme a su santo propósito. Los aparentes retrasos de Dios no son una respuesta negativa a nuestras oraciones ni una burla para nuestra esperanza, sino que son disciplina para nuestros corazones, pues, la espera somete nuestro deseo impaciente por tener las

cosas a nuestra manera y en el tiempo que nosotros queremos; estos aparentes retrasos nos ayudan a estar en un insistente contacto con Dios y nos preparan para recibir con avidez y gran alegría sus misericordias.

Frecuentemente, Dios difiere su ayuda hasta el último momento. Así fue con Abraham cuando ofreció a Isaac. Aunque Abraham, desde el primer momento de recibir el mandamiento, demostró estar dispuesto a sacrificar a su hijo, no fue sino hasta cuando tenía atado a Isaac en el altar a punto de clavarle el puñal que Dios intervino.

Así fue con Israel en el Mar Rojo (Éx. 14:13). Así sucedió con los discípulos en la tormenta, pues, Cristo interviene cuando *“las olas cubrían la barca”* (Mt. 8:23). Así fue también con Pedro, quien fue rescatado de la cárcel solo unas horas antes de su ejecución (Hch. 12:6-8). Así también Dios obra en formas misteriosas para realizar sus maravillas y a menudo actúa en una forma totalmente contraria a las probabilidades externas.

La historia de José nos ofrece un claro ejemplo de lo que acabamos de afirmar. Para llegar a ser gobernante de Egipto, primero tuvo que ser llevado allí como un esclavo. ¿Quién habría pensado que la cárcel era el camino para la victoria? Así fue con sus descendientes, cuando la esclavitud más cruel se tornó, al punto que les pidieron producir más ladrillos utilizando menos materiales, la liberación anhelada vino a ellos.

Los caminos de Dios son extraños para la carne y la sangre. A menudo permite que surja el error para aclarar la verdad, la esclavitud frecuentemente es el paso para la libertad, la persecución y la aflicción a menudo han demostrado tener una bendición oculta.

*“Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir; mas Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob”* (Gén. 50:24). La fuerza de la fe de José se manifiesta sin duda o vacilación, él estaba completamente seguro de que Dios no puede mentir y que de manera segura y firme cumple Su palabra. Él estaba totalmente convencido, aún en la flaqueza de la muerte, que Dios cumplirá en nosotros sus promesas, *“porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré”* (Heb. 13:5).

El moribundo José, lleno de esta fe perseverante pudo exclamar: *“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo”* (Sal. 23:4). Él confiaba en que Dios no abandonaría a su pueblo, sino que le daría cumplimiento a sus

abundantes promesas, por lo tanto él también pudo decir con David *“Mi carne también reposará confiadamente”* (Sal. 16:9).

*“Por la fe José, mencionó (recordó) la salida de los hijos de Israel”*. La verdadera fe no se interesa en el bienestar o la comodidad personal, sino que, incluso en la hora de la muerte, procura el bienestar del pueblo de Dios.

La verdadera fe no es egoísta, sino que ella nos lleva a amar al pueblo de Dios, a Sión. José recordó al pueblo de Sión y lo bendijo anunciando su liberación de la esclavitud Egipcia. Que el interés de la fe está puesto principalmente en el bienestar colectivo del pueblo de Dios y pasa a un segundo plano el interés personal, se deja ver en que José, antes de hablar sobre sus huesos, habló del éxodo del pueblo.

*“Y dio mandamiento acerca de sus huesos”*. La fe de este hombre, que había sido probada con duras pruebas, era tan firme, que él estaba seguro de que en unos siglos Dios les entregaría de manera material la tierra de Canaán, y él, aún en sus huesos, no querría estar en la próspera pero pagana tierra de Egipto, sino en el lugar de la bendición divina, en Sión. José no era un supersticioso, él sabía que luego de morir sus huesos no eran más que el cascarón mortal y vacío de lo que fue su morada terrena, pero con este acto de fe, José quiere inspirar a sus hermanos y a los descendientes del numeroso pueblo que Dios formaría bajo la sombra del poderoso imperio egipcio a que mantengan siempre en perspectiva que el Señor les sacaría con mano poderosa de Egipto y los conduciría a Canaán, la tierra prometida a Abraham su padre.

Efectivamente, varios siglos después, cuando el numeroso pueblo de Dios salió con mano fuerte de Egipto, Moisés se encargó de que el cuerpo embalsamado de José fuera llevado a Canaán: *“Tomó también consigo Moisés los huesos de José, el cual había juramentado a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará y haréis subir mis huesos de aquí con vosotros”* (Ex. 13:19). *“Y enterraron en Siquem los huesos de José, que los hijos de Israel habían traído de Egipto, en la parte del campo que Jacob compró de los hijos de Hamor padre de Siquem, por cien piezas de dinero; y fue posesión de los hijos de José”* (Jos. 24:32).

## Aplicaciones:

- “¡Que alegría ver como “la fe nuestros padres” se extiende de generación en generación! El escritor de Hebreos detalla los nombres de Isaac, Jacob, y José. Cada uno pertenecía al pacto que Dios había hecho con Abraham cuando Dios dijo. “*Estableceré mi pacto como pacto eterno entre ti y mí y tus descendientes después de ti por las generaciones futuras, para ser tu Dios y el Dios de tus descendientes después de ti*” (Gn. 17:7). Dios cumple su palabra a lo largo de las generaciones. Cuando los padres ven el amor del Señor en sus hijos que expresan un deseo de hacer su voluntad, los corazones de aquellos están llenos de gratitud a Dios. Ver cómo la generación siguiente toma la antorcha de la fe es un signo evidente de la fidelidad de Dios”<sup>1</sup>. Oremos para que Dios les dé el don de la fe a nuestros hijos, de manera que nuestros descendientes puedan formar generaciones de hombres y mujeres que sirven al Dios Altísimo.

- Imitemos el ejemplo de José, quien, a pesar de haber sido levantado por la providencia divina a las más altas posiciones políticas, sociales y económicas del imperio egipcio, no se aferró a las vanidades de la gloria mundanal, sino que siempre mantuvo en perspectiva la promesa divina dada a sus padres, y nunca pudo dejar de amar, por encima de sus comodidades, a la nación celestial. Su ciudadanía era celestial, su patria era Sión, no Egipto; él también fue un peregrino en esa tierra llena de abundancia. Que nuestros corazones no se aferren a las altas posiciones que lleguemos a alcanzar en esta tierra. Si, debemos ser diligentes en hacer que este Egipto en el cual vivimos sea próspero, que haya alimento para todos, que haya progreso y paz, pero de nuestra parte, mientras señoreamos sobre este mundo, nuestro corazón ansía llegar a la tierra prometida, a la Canaán celestial. Y cuando llegue la hora de nuestra muerte, si el Señor no viene antes por su Iglesia, que ella sea un motivo para cantar la más bella canción al Salvador, pues, con total seguridad, muy pronto, estaremos viendo su rostro resplandeciente como el sol.

- Amigo, ¿qué palabras saldrán de tu boca en la hora de la muerte? ¿Qué pensamientos vendrán a tu mente cuando estés a punto de dejar este mundo? Estoy seguro que si sigues

---

<sup>1</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 392

rechazando al Salvador, lo que habrá en tu mente y en tu boca serán lamentaciones, amarguras, rencores, angustias, desesperanza, producida por la incertidumbre de no saber qué encontrarás más allá de la muerte. Pero yo te digo lo que vas a encontrar: A un juez airado, implacable y dispuesto a derramar su ira sobre ti porque te atreviste a rechazar a su Unigénito y precioso Hijo. Mira hoy a Jesús, por medio de la fe, cree en él, y reconócelo como tu Salvador y Señor. Entonces, y solo entonces, estarás seguro que cuando llegue el momento de pasar por el valle de la sombra de la muerte, el buen pastor te acompañará y te infundirá aliento.